





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2011, María Fernanda Heredia

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Victor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-532-6

Derechos de autor: 044387

Depósito legal: 005155

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2011

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2016

Vigésima impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación: Fernanda Tufiño

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Yo nunca digo adiós

María Fernanda Heredia



loqueleo



*A mi ángel guardián.*



Yo nunca digo adiós .....	11
El detector .....	13
Laura .....	17
Felipe .....	25
Doce metros .....	29
El escondite .....	39
Maris .....	45
En el baño .....	49
La abuela .....	57
La Toxina .....	65
El berrinche .....	71
La sentencia .....	81
La noticia .....	89
El premio gordo .....	95
La llegada .....	99
El primer día .....	109

¿Cuánto dura un castigo? .....	117
En el colegio .....	123
¿Quién te entiende? .....	133
En las nubes .....	135
La sonrisa .....	145
El refugio .....	149
El secreto.....	157
Prisioneras .....	165
Las opciones .....	171
El plan .....	181
El día menos pensado .....	187
Un sueño .....	189
Pamela .....	191
Doña Enriqueta .....	201
Taina .....	207
La promesa .....	213
La despedida .....	215
Los caminos y la vida .....	217
<b>Biografía.....</b>	<b>221</b>
<b>Cuaderno de actividades .....</b>	<b>223</b>

**Yo nunca digo adiós**



—Odio las despedidas —dijo Laura con más rabia que tristeza. 11

—¿Por qué?

—No lo sé. A veces siento que las despedidas ocurren en el mejor momento de la fiesta, cuando lo estás pasando bien, cuando la música aún está buena y cuando todavía tienes ganas de quedarte dos horas más bailando y riendo.

—¿De qué fiesta estás hablando?

—No lo sé, de cualquier fiesta... ¡de la vida!

Laura permaneció en silencio, luego sonrió y dijo:

—La única vez que me despedí feliz de alguien fue de un profesor de Matemáticas que mis papás contrataron y que durante cuatro meses hizo todo lo posible por convertirse en mi peor pesadilla numérica. Yo lo llamaba Nek, porque era exactamente lo opuesto al Ken de Barbie: enano, calvo, sudoroso y con las manos pecosas. El día en que terminaron las clases me despedí de él como te despidas de la

varicela, diciendo: «¡Al fin me libré de esta comezón infernal! ¡Hasta nunca, grano!».

Laura miró el reloj y se dio cuenta de que ya era la hora de partir.

Se abrazaron y, antes de que la garganta se le llenara de nudos, Laura dijo:

—¡Esta fiesta no ha terminado! Yo nunca digo adiós.

12

## El detector



Laura siempre se había sentido orgullosa de su detector interno de tontos. Era su arma infalible para evitar cualquier contacto con las princesitas y con los supermanes de su clase. Era su escudo protector contra las que hablaban con las pestañas y los que caminaban como si llevaran dos sandías debajo de los brazos.

13

Laura tenía un nivel de tolerancia muy bajo con los chicos que se las daban de *dark* y con las chicas que se creían *pink*. No aguantaba las voces chillonas de ellas cuando se saludaban por la mañana en el salón de clases, como si no se hubieran visto desde la Segunda Guerra Mundial. Y tampoco soportaba las conversaciones de ellos, en las que se lanzaban 27 ordinarieces y 15 palabrotas por minuto.

Ese detector de tontos, que ella había afinado como un músico a su violín, se activó un día, durante el recreo, cuando Laura vio a ese grandulón de cabello desordenado y vestido de negro, arrebatándole

un vaso de yogur a un niño de primer año. Entonces ella sintió que la sangre se le volvía espesa como la mostaza, que los ojos se le salían de las órbitas y que el corazón se le aceleraba como una locomotora. El niño tenía abierta su lonchera y entregaba tímidamente al villano lo que este le exigía. El detector interno de tontos se encendió y obligó a Laura a entrar en acción. Sin pensarlo demasiado, avanzó y gritó:

—¿Qué crees que estás haciendo?!

Él la miró extrañado y respondió:

—¿Yo? Me tomo un yogur. ¿Y tú? ¿Acaso andas probando tus cuerdas vocales? Deja de gritar... relájate.

El grandulón retiró lentamente la lámina de aluminio del vasito, pasó su lengua por la superficie interna y miró a Laura con ojos desafiantes. Pero antes de que pudiera llevárselo a la boca, ella le dijo:

—¡No se te ocurra tomártelo o te va a pesar!

Él rio y contestó con ironía:

—¿Ah, sí? Me muero del miedo, mira cómo tiemblo.

Con la paciencia caducada, Laura se acercó con rapidez, le arrebató el vaso de las manos, se impulsó y, apuntando como si fuera a disparar un penalti, se lo lanzó en plena cara. Tan bien apuntó que los 140 mililitros de yogur de fresa «con trocitos de fru-



ta, calcio y vitamina C» le cubrieron buena parte del rostro, orejas y cabello.

El tiempo pareció detenerse. El griterío del patio se convirtió en silencio. Las miradas del resto, como abejas, se clavaron en los rostros de Laura y del grandulón. Hasta los pájaros en las ramas de los árboles miraban asustados la escena.

16 Tres segundos más tarde, se escuchó el llanto agudo y bullicioso de un niño. Era el pequeño de primer año que, restregándose los ojos, gritó tartamudeando:

—¿Ppp... por qué le echas el yo... yogur en la cara a mi he... hermano? ¡Tonta!



Laura era la segunda de tres hermanos. Eso no tendría por qué ser algo extraño o excepcional. A alguien tiene que tocarle ese lugar que queda justo entre el primero y el tercero, ¿no? Sin embargo, Laura pertenecía a esas familias en las que el verbo *comparar* se conjuga con más frecuencia que los otros. Y, si se comparaba a Laura con Pedro, su hermano mayor, o con Grillo, el menor, el resultado no siempre la favorecía. Pedro era más ordenado, más obediente y mejor estudiante que ella. Grillo (que en realidad se llamaba Guillermo) poseía la asombrosa virtud de ser «el pequeño», y con eso tenía casi todas las batallas ganadas. Ser el pequeño era una especie de salvoconducto que le permitía hacer cualquier barbaridad con la certeza de que no sería castigado como lo merecía. Podía escupir la comida, podía poner un sapo debajo de la almohada, podía eructar las vocales, podía pegarle un chicle en el pelo a Laura... ¡Y, mágicamente, todo eso se convertía en «una divertida travesura del pequeño de la casa»!

17

Si a Grillo se le ocurría cortarle un mechón de pelo a Laura mientras dormía, y al descubrir la patraña ella le daba un pellizcón, su madre la regañaba con el discurso eterno:

—Pero, hija, ¿acaso no te das cuenta de que, COMPARADO contigo, tu hermanito es pequeño?

18 Y, si Grillo metía la cámara de fotos en la lavadora de ropa, el sermón comenzaba con:

—¡Cómo es posible que no estés atenta a lo que hace tu hermanito pequeño! ¡En COMPARACIÓN con él, tú ya eres una niña grande y tienes que ser más responsable!

Si un día a Grillo se le ocurriera vender a Laura, por Internet, a una extraña tribu caníbal de África por la módica suma de 25 dólares para que hiciesen con ella una sopa de adolescente, ¡seguramente sus padres opinarían que la culpable era ella, por no estar atenta a las divertidas travesuras caníbales de su hermanito menor!

Esos 32 centímetros y siete años que la separaban de Grillo curiosamente lo convertían a él en un poderoso león y a ella, en una hormiguita obrera.

Ser el jamón del sándwich no resultaba nada agradable. Ella se sentía aprisionada entre esas dos rebanadas de pan que eran sus hermanos.

Pedro, que tenía tres años más que Laura, era un ejemplo en casi todo. Ejemplo de buen estudiante. Ejemplo de deportista. Ejemplo de obediencia. Ejemplo de guapo. Y ejemplo de chismoso.

En su cuarto había un corcho con todas las medallas redondas y doradas que había ganado en el colegio: Concurso de Física, Olimpiadas Internas, Primer Lugar en el Campeonato de Fútbol, Medalla de Ajedrez, Mejor Estudiante de la Primaria, Vocabulary Contest, Medalla al Mejor Proyecto de Ciencias e incluso el vergonzoso premio «Mejor Gusano del Año». En realidad, la medalla no decía eso, sino Mejor Proyecto de Jóvenes Microempresarios, pero Laura la había rebautizado de esa forma para reírse de su hermano. Pedro se la había ganado cuando desarrolló un proyecto de lombricultura, que consistía en transformar desechos orgánicos en humus, a través de la cría masiva de lombrices. El trabajo fue tan exitoso que lo catapultó a un concurso intercolegial, que también ganó. El problema fue que se le pasó la mano y crio tantas lombrices que se convirtieron en una plaga para el colegio. ¡Aparecían por todas partes! En los patios, en los laboratorios, en los baños, en las aulas... ¡hasta en los zapatos del inspector García, que tenían tanta tierra que él habría podido tener ahí su propia planta de papas!

Pero, salvando ese incidente tan gusanoso, Pedro siempre se destacaba positivamente en todo. Ahí era donde las comparaciones se volvían odiosas, porque Laura no era la mejor en nada y eso a sus padres los traía de cabeza.

20 También ella tenía un corcho en su cuarto. Se lo habían regalado para que se sintiera motivada a llenarlo de medallas y diplomas. Pero como esos reconocimientos no llegaban y ella estaba casi segura de que nunca llegarían, había decidido colocar, con su propio estilo, sus premios personales. Fue así que dibujó y coloreó medallas de papel con leyendas que decían:



Sus padres no tardaron en descubrir la burla del medallero. Pedro era rápido y efectivo en informarles acerca de cada movimiento de Laura. Desde pequeño lo habían convencido de que él debía transformarse en los ojos y los oídos de papá y mamá, en el investigador responsable, en el delegado oficial para regañar a sus hermanos menores, ¡en el rey de los chismosos! Pero esa norma, en realidad, se aplicaba únicamente con Laura, ya que Grillo siempre sería «el pequeño».

Como castigo la obligaron a retirar las medallas de papel y, durante la cena, el padre lanzó ese viejo sermón sobre la importancia de ser los mejores. Laura había escuchado esas palabras desde siempre:

—¡Este mundo es muy competitivo, blablablá, y hay que ganarse un sitio importante en la sociedad, blablablá, porque yo no quiero hijos mediocres, blablablá. Ya me darán las gracias cuando sean mayores, blablablá. Yo lo único que quiero es que no sean unos pobretones muertos de hambre, ¡porque a esos no los respeta nadie!

El señor Justo (así se llamaba el papá de Laura) había tenido una vida en la que su propio nombre se había repetido demasiadas veces como una cruel señal del destino. Y es que, para su mala suerte, Justo siempre se había quedado justo dos pasos antes de cumplir sus metas. Había soñado con ser millo-